Y hace ya tantos días que los alcázares de nuestra realeza no se incendian en la gloria de sus deslumbramientos! Quizá desde la última noche en que el Nacional abrió sus puertas, cuando los grandes de este suelo celebraron la independencia de la patria, cuya conmemoración los llevó á embriagarse en el triunfo de la belleza y del arte, mientras la ironía de los contrastes resaltaba en la tristeza de los parias que gritaban por las calles su despecho.

Sólo que á la exhibición cinematográfica del domingo íbamos también quienes queremos y necesitamos una hora siquiera, una hora tan sólo de arrellanamiento y de recreo en los largos días de fatiga y de zozobra.

Pero está de ellos que no podamos los tristes hallar placer en donde los *selectos* lo encuentran. Porque fue para nosotros una estada angustiosa aquélla, entre la multitud de salvajes bien vestidos y de bellas tontas sonrientes; fué una tormentosa estada bajo el lujo radioso de las arañas de luz y entre el oropel que lo cubre todo en derredor; fué una estada mortal frente al lienzo á veces desbordante de emociones que llenaban el alma, que encendían el cerebro, que tocaban el corazón.

Una alegría estúpida lo llenaba todo en aquel salón lleno del calor de la luz, del olor de los trajes, del humor de los cuerpos. Los infelices arriba, tocando con las puntas de sus melenas erizadas, las ornamentaciones del techo. Abajo, cabezas negras y cabezas rubias de cabelleras brillantes por el aceite y domadas por el cepillo; cuellos blancos y morenos y dorados; cuellos descubiertos de mujeres y empinados cuellos de hombres; de hombres y mujeres sonrientes siempre y atentas al interior de los palcos, contentos en aquella agrupación distinguida, luciente en el relumbrar de sus joyas, y de sus sedas, y de sus botinas de charol. Una turba nostálgica de circo; una colectividad solidaria en sentimientos y emociones lijeros, que gritaba escondida en las penumbras, que silvaba, que pateaba ferozmente cuando no había luz, y que volvía á exhibir muy ufana el afeite de sus caras y el adorno de sus trajes cuando los focos se encendían como antorchas de una civilización momentánea que tornaba hombres cultos á la luz, aquellos rudos seres que ahuyaban en la sombra.

La brutalidad increíble que allí había, la agresiva hostilidad de aquel ambiente, llenaron de tristezas mi alma; y tuve miedo de estar allí; yo, que iba para alegrarme entre los hombres cultos; yo que buscaba en alegrías de buen tono el alivio de un hondo pesar que aquella noche mordía con saña en mi corazón.

Pero ahora el recuerdo me dice calladamente que no hay que espantarse de eso, que es muy común y muy propio; que por las noches, cuando las fiestas sociales terminan, esa grita salvaje se oye en las calles dormidas, en las calles que la policía vigila contra los desmanes inconscientes y lastimosos de los que no reciben los forros civilizados que allá, en Europa, empaquetan cuidadosamente los obreros de los grandes almacenes.

Hacedle sombra á los señoritos.

ESTER MAZELIN

La victoria es nuestra

Para que la clase proletaria haya resistido centenares de siglos todas las causas de debilitamiento y siga suministrando hombres robustos é inteligentes, preciso era que poseyese incomparable fuerza de vitalidad; y la burguesía, que después de tan poco tiempo de dominación y lucha ha llegado en pleno goce á un grado tal de apoltronamiento, no tiene derecho á proclamar que de su seno salen los más aptos y los mejores. Los hechos nos prueban que no tienen ese monopolio y que está muy por bajo de lo que su situación debiera permitirle hacer. Por lo que precede se ve que la libertad de la "lucha por la existencia" á que apelan los burgueses, sólo es ilusoria; y que ese combate por la vida, el cual quisieran ver perpetuarse entre nosotros, es próximo pariente de aquellos con que en sus sangrientas orgías se deleitaba la aristocracia romana, y en donde, si condescendía á tomar parte en ellos, caballeros armados, con todas armas peleaban contra pobres esclavos desnudos y armados con una espada de hojalata.

A los burgueses que vengan diciéndonos que la vida es un eterno combate, donde los débiles están destinados á sucumbir para dejar sitio á los más fuertes, podemos responderles: Aceptamos vuestras conclusiones.— ¿Decís que la victoria es de los más fuertes y de los mejor organizados? Pues bien; estamos conformes: nosotros, los trabajadores, pretendemos la victoria con arreglo á nuestras teorías. Vuestra fuerza consiste en el respeto que habéis sabido crear en torno de vuestros privilegios; vuestro poderío estriba en instituciones que habéis alzado como una muralla entre nosotros y las masas, instituciones que no podríais defender reducidos á vosotros solos; vuestra perfección reside en la ignorancia en que hasta hoy nos habéis tenido acerca de nuestros propios intereses; nuestra aptitud está en la habilidad que sabéis desplegar para obligarnos á ser los defensores de vuestros propios privilegios, los cuales nos hacéis defender bajo los nombres de "Patria! Moral! Propiedad! Sociedad!" etc.

Pues bien; hoy vemos claro vuestro juego; empezamos á comprender que vuestro interés es diametralmente puesto al nuestro; sabemos que nuestras instituciones, lejos de protegernos, sólo sirven para oprimirnos cada vez más en nuestra miseria. Y entonces os decimos á voz en grito:

¡Abajo las preocupaciones nefastas, abajo el estúpido respeto á instituciones rancias, abajo la falsa moral! Nosotros somos los más fuertes y los mejor dotados, puesto que al cabo de la incontable serie de siglos luchando contra el hambre y la miseria, agobiados por un trabajo derrengador en las mortíferas condiciones de mala vivienda, y aún estamos en pie y con vitalidad; nosotros somos los más, puesto que nuestra producción y nuestra actividad son quienes permiten nuestra sociedad mantenerse.

Pretendemos la victoria como los mejor adaptados, puesto que de la noche á la mañana podría desaparecer del globo terráqueo vuestra clase sin que eso nos impidiera seguir produciendo, y tanto más consumiendo así; mientras que desde el momento hora que nosotros nos negásemos á producir para vosotros, á muchos os sería imposible realizar ningún trabajo productivo.

Pretendemos la victoria, por ú por ser los más numerosos; lo (según vosotros) basta para legi todas las audacias, justificar todas aspiraciones y absolver todas la justicias. En el día del combate ríamos en nuestro derecho s cáramos nuestra sentencia, rechazando de la sociedad de la cual sólo parásitos y microbios disolventes.

Vosotros mismos lo habéis dicho: ¡La victoria es de los m

JUAN

UN CASO

Para Ester M

Esta mañana he tenido sión muy desagradable: acostumbrado ya á leer ñana, á manera de de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Manuel Obregón" Usted está en el Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.